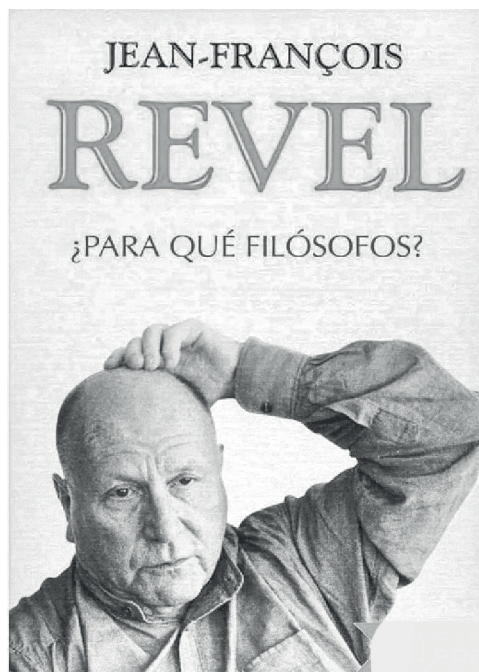


Gustavo Leison Perez Macias¹

Jean-François Revel ¿Para qué filósofos?, 1957, Traducción de Juan A. Nuño, Caracas, 1962
Colección Avances 1



162

Jean François Revel destacado filósofo, periodista, escritor y gastrónomo, miembro de la Academia francesa y polemista político francés, 1924 -2006, fue un pensador incisivo cuyas obras ofrecen análisis profundos sobre temas políticos sociales y culturales, dejó un legado intelectual importante que debe ser estudiado y replicado dentro de nuestra universidad.

El libro de J.F. Revel, debería considerarse como lectura preparatoria en cualquier materia o carrera del ámbito humanístico o social, como derecho, sociología, psicología, filosofía, entre otras. Esto se debe a la crítica y la introducción que ofrece sobre los grandes pensadores de las épocas clásica, moderna y contemporánea.

Sin embargo, lo que debería cautivar a los lectores de todos los géneros es el criterio del autor para clasificar a los pensadores que son considerados como tótems, y generar una crítica, y cuestionar constantemente las tradiciones filosóficas como la escolástica, promoviendo la generación de nuevos problemas y enfoques sin limitarse a las estructuras preestablecidas.

Revel tiene una forma de escritura que hace que el lector sienta y se cuestione temas que en la universidad son tomados como máximas, señala que la filosofía debe abordar interrogantes genuinas y actuales, en lugar de limitarse a resolver problemas heredados de sistemas anteriores. En el libro destaca que algunos filósofos parecen

¹ Abogado en el ejercicio libre de la profesión y gastrónomo. <https://orcid.org/0009-0005-4539-1265>

más interesados en imponer sus propias perspectivas que en invitar a la comprensión, basados en un vocabulario que muchas veces peca de ser demasiado confuso y que genera frustración en la mayoría de los interesados en estos temas.

Kierkegaard escribe que el medio infalible para saber si alguien comprende lo que dice es invitarlo a decirlo de otra manera. “*Lo difícil es variar las fórmulas*”. Un pensamiento encastillado en una sola expresión y al que su autor es incapaz de defender en otra forma, se convierte en lo que Rousseau llama “una cierta jerigonza de palabras sin ideas” (Revel, 1962, pág. 6) <el subrayado es nuestro>

Este autor francés cuestiona la manera en que los filósofos quieren decirlo todo de manera definitiva y completa, pero olvidando que el conocimiento humano siempre está en desarrollo no solo en las ramas humanísticas, también en el campo científico, critica el estilo filosófico que ha predominado desde Descartes, caracterizado por una ambición excesiva de abordar todos los temas de manera exhaustiva. Desde Descartes hasta Hegel y Heidegger, se busca establecer verdades definitivas de manera inmediata y en un único estilo. Y contrasta con la actitud más humilde y abierta de filósofos como Platón y Aristóteles, que reconocen la posibilidad de que haya aspectos desconocidos o no pensados.

El mensaje que trata de desarrollar en todo el libro es que la filosofía, en lugar de buscar activamente respuestas y explorar nuevas ideas, se vuelve cautelosa y reacia a aventurarse en territorios desconocidos, *La filosofía se convierte en una especie de epistemología miedosa*. (Revel, 1962, pág. 27)

Llega a ser tan rígido con las observaciones que detecta en la filosofía moderna y contemporánea, pero al mismo tiempo tan sensato, señalando que la filosofía es un refugio para la incompetencia al intentar abarcar muchos campos sin un verdadero entendimiento de los mismos, tomando a Hegel por construir teorías abstractas sobre ejemplos concretos de la historia, cuestionando la validez de aplicar la dialéctica a casos específicos sin comprender plenamente su contexto.

“De los dos aspectos contenidos en el elemento representativo, cada uno aporta en la deliberación una modalidad particular, y como además, uno de estos momentos tiene por función propia la mediación en esta esfera, mediación que se opera entre existentes, resulta de aquí que cada uno debe poseer una existencia separada. La asamblea representativa debe constar, pues, de dos cámaras”. (Principio de la Filosofía del Derecho, § 312). La dialéctica de Hegel se desarrolla por su propia necesidad, pero tal necesidad recae extrañamente sobre los ejemplos concretos dados, por lo demás, en la Historia, al menos en la Historia que Hegel sabía —y no podía saberlo todo —o aprobaba, y no aprobaba todo. De lo que no hay dudas es de que, sobre todo, no aprobaba el régimen de asamblea única del que la Convención revolucionaria había dado un ejemplo. De tal manera, nociones en apariencia deducidas filosóficamente en el Sistema son en realidad de segunda mano o circunstanciales. (Revel, 1962 pág. 17)

Se destaca cómo los dilemas filosóficos que surgieron en los siglos XVII y XVIII han sido resueltos o desacreditados por avances en disciplinas como la física, el psicoanálisis, la economía política, la historia y la biología, así como por los propios acontecimientos históricos.

Filósofos como Heidegger o Bergson son criticados porque a menudo basan sus afirmaciones en un estilo, descrito como académico, vulgar y lleno de expresiones hechas y giros convencionales, que no aportan claridad ni profundidad a sus ideas. Se citan ejemplos de frases y expresiones vagas y rebuscadas utilizadas en sus obras.

Se hace un cuestionamiento sin pelos en la lengua del declive de la educación superior en Francia y como esto generó una “elite” intelectual que está concentrada en publicar más obras y más libros, que en contribuir al desarrollo científico y por ende al desarrollo de la humanidad.

No es casualidad que tal pobreza filosófica impere en Francia desde principios del siglo XIX, esto es, a partir de la creación de la Universidad. Aunque tiene algunas ventajas, nuestro sistema universitario les permite a los mediocres, una vez que han llegado a posiciones importantes, hacerse fuertes, en su propia confianza y ejercer su dictadura en materia de exámenes, oposiciones y carreras. Un eficaz poder temporal les sirve para descartar en todos los niveles a quienes hacen o harían sombra a su autoridad intelectual. Así, este sistema, al substituir el trabajo de equipo por la complacencia mutua, la investigación colectiva por la complicidad en los privilegios, llega a construir verdaderos bastiones de estupidez, sobre todo, en Letras y Filosofía, en donde todo depende del concepto que del talento tengan los que han llegado a situarse. (Revel, 1962, pág. 27)

Además, se desarrolló una crítica más que interesante a la psicología, el psicoanálisis (Freud, Politzer, Sartre, por recordar algunos), y como se fueron transformando en disciplinas que basan sus estudios en especulación teórica, y no observando la realidad. Al igual que la sociología (Levi Strauss, Marcel Mauss, Malinowsky), adopta esa tendencia de utilizar ejemplos demasiado específicos para explicar problemas que atraviesa toda la sociedad.

La sociología debería esforzarse, no en explicar las estructuras elementales relacionándolas con una especie de necesidad psicológica intemporal, cuyas estructuras complejas no serían a su vez sino una manifestación más velada y difusa, sino en descubrir las condiciones sociales que llevan a la imposición del cónyuge por la sociedad, en un caso, y en otro, a la elección personal cada vez más marcada. (Revel, 1962, pág. 77)

Es sin duda una obra intelectual que debe leerse, si es un intelectual, para el cuestionamiento y la crítica, y si se es un estudiante para el conocimiento y el cuestionamiento del aprendizaje que en nuestra época se ha venido volviendo monótono y encasillado